

La



Viudita

Yo soy la viudita
de Santa Isabel,
me quiero casar
y no hallo con quién.

El mozo del cura
me manda un papel
y yo le contesto
con otro muy fiel.

Mi madre lo supo,
¡Qué palos me dio!
¡Mal haya sea el hombre
que me enamoró!

Pasé por su casa
y estaba llorando,
con un pañuelito
se estaba secando.

Me gusta la leche,
me gusta el café;
pero más me gustan
los ojos de usted.

Me gusta el dinero,
me gusta el tabaco;
pero más me gustan
los ojos del gato.



Forman los chicos un corro en cuyo centro se coloca aquella que hace de viudita, la cual finge llorar; el círculo principia a girar, cantando las primeras estrofas; las dos últimas las canta la viudita para elegir a aquel que ha de sustituirla, aunque propiamente la última es en tono jocoso; corresponde al antiguo juego griego llamado "El corro de los besos" citado por Pólux. (Vicente T. Mendoza)

**Juegos de la infancia...
Que no deben morir.**

18 Canto a la Vida

Vida, para ti es este canto
quizá un poco tardío;
hoy mis primaveras
se han trocado en otoños.

Que ya pronto
vendrá el invierno frío
con su escarcha y su viento
a congelar los frutos de mi huerto
y a marchitar mis rosas.

Mas no importa
que el tiempo deje
su imborrable huella
en esta envoltura frágil,
es algo inevitable
que se seque mi piel y se marchite;
que se opaque con velo de neblina
el brillo juvenil de la mirada,
que las manos se pongan temblorosas,
que la nieve me cubra la cabeza
y no acorten mis pasos la distancia
mientras aquí en el pecho
sigue ardiendo la llama
que tú encendiste; del amor, el sentir y el
pensamiento.

Desde mi edad temprana,
he tenido este canto aprisionado
que ha querido escaparse
con el esfuerzo inútil
de una alondra cautiva,
y es ahora con decisión serena,
que he abierto la puerta de su jaula.
Para que abra sus alas
hacia el azul del cielo y la montaña
y que su trino llegue
hasta todos los hombres de la tierra.

Vida, te doy las gracias
porque alientas en mí, cada mañana;
porque si bien, las negras tempestades
se abatieron furiosas en mi playa,
me diste tiempo de lanzar las redes
desde el débil costado de mi barca
y pude sacarlas llenas
de tantas cosas, tantas que me diste
que templaron mi espíritu
y me alegraron el alma;
luz y color, anhelo sin nostalgia,
dolor y soledad, hambre, sed y alegría,
olvido y paz, amor, fe y esperanza.
¡y el placer de sentirte cada día!

Mas no debo mentirte, tú lo sabes
quise escapar de ti cobardemente
cuando el dolor me fustigó la espalda,
y maldije tu nombre en silencio
llamando a grandes voces la muerte
tu enemiga implacable, la celosa
que, a fin de cuentas, sale triunfadora
en los eternos lances de la suerte.

¡Pero no! ¡Tú has triunfado!
tu voz me llama en cada nueva aurora
y el anhelo de ti se me acrecenta,
a ti vuelo como la golondrina
que vuela hacia el abrigo de su nido
cuando azota el vendaval de la tormenta.

Tú palpitas en todo lo que existe,
en la vasta amplitud de los mares,
en la arena, el insecto, el gusano,
en el mar, el desierto y la pradera,
en la flor, en el fruto y en el grano,
pero ante todo, vida,
en la esencia del ser humano.

Vida, quiero pedirte, me concedes
antes de que el tiempo pase y que me abruma
sentirte en plenitud y contemplarte,
quiero sentarme al borde de un camino,
a la sombra de un árbol solitario
junto a la tapia derrumbada y vieja
a mirar a las lindas madre selvas
y aspirar su perfume de recuerdo;
contemplar a las bellas mariposas
y contemplar la majestad del cielo.

Escuchar el rumor de la cascada,
el fluir quieto del agua en el río,
el trino del cenizote en la enramada
y el murmullo polifono del viento

Porque te amo, vida
y sé que aunque me vaya
no he de decirte adiós;
no le temo a la muerte;
sé que es nuestro destino final ineludiblemente,
sé que habrá de venir, no sé a qué hora
pero quiero esperarla en la serena
placidez de la calma de mi espíritu.

Sé que será un instante
el que sufriré, cuando su mano yerta
tome mi mano, y traspongamos luego
el umbral tenebroso de esa puerta
para encontrar la luz que no se extingue;
la eterna luz que vivifica el alma.

Profra. Lupita Díaz de León de Acosta

Tal vez me atrevo vanamente e ilusoriamente a pensar que, probablemente, estas líneas te puedan llegar, tal vez no con la prioridad con las que cuentan las demás, pero a lo mejor se pueda esta carta traspapelar y de esta manera, que creo que siendo ya la única, me puedas escuchar.

Prometo no quitarte mucho tiempo unos cinco minutitos quizás, pero ya que la tienes en tus manos de fuego puedas abrir tantito tu corazón pa' poderme escuchar.

No hace mucho tiempo que mi corazón envuelto ya esta, lleno de espinas y de cardos que lentamente clavándose van. ¡Ya no puedo tata! ¡Ya no puedo más!, clamo a ti porque este dolor matándome está.

¡Me han herido, me han herido!... ya no puedo más y mientras más le pido más lejos se va.

Estos celos me cegaron... ¿a dónde puedo yo caminar? si ya no veo nadita y mis pies bien pisoteados están.

Hace varios años, cuando mi corazón, sanito estaba, te pedía, hincadita, allá en un rincón, con mis manos extendidas y me frente recargada en el frío piso, que tuvieras



Tata, Tatita

En memoria de
Mi dulce amor

compasión de mí y me dieras aquel amor que nunca ha estado aquí.

Pero ya han pasado varios años y nomás veo volar a las golondrinas, ésas que llegan, hacen su nido, crían a sus polluelos y vuelven a emprender el vuelo.

¿Cuántos años han pasado? ¿Cuántos pasarán? Solo dime una fecha exacta y yo dejaré de titubear.

Has dejado de escucharme y yo, yo he dejado de llorar. Quise hacerme fuerte; pero tata, tatita... ya no puedo más...

Veo gente que pasa, que mira y que ríe sin parar... y yo... aquí sola, triste y con un perro a quien alimentar.

Él me dice que el tiempo pronto pasará pero yo veo que esto es un cuento, nada más...

Escucho canciones sin rima ni verso pa' clavármelo más pero él ya ni sus besos me da.

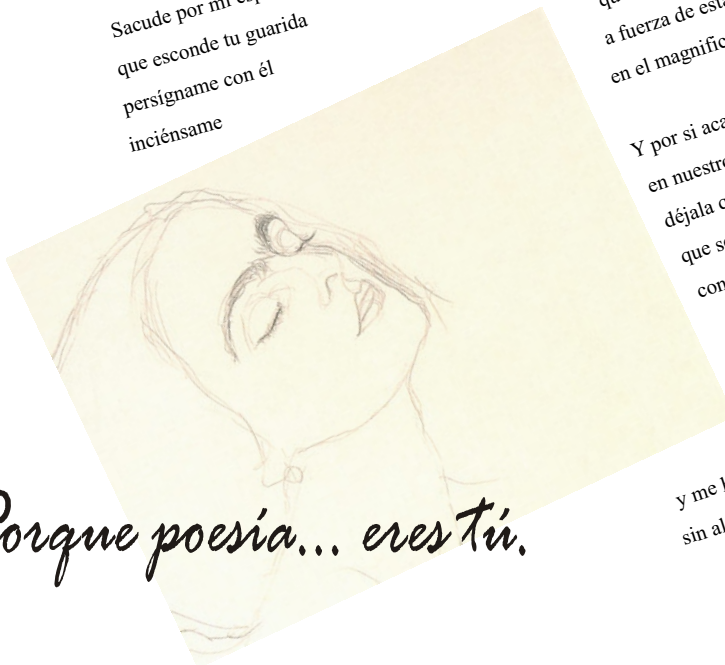
Ayuda te pido, ya no quiero nada más: ni boda, ni besos, ni suspiros, que mira que mis fuerzas, cediendo, ya están.

**Nancy Laura Gaés
Cervantes Velasco**

Desnúdame de pronto
sin temores
con la misma urgencia del agua que te secó las
manos:
diosas de mis avernos
pacíficos peces acerinos
protagónicos mástiles de todas mis urgencias
puntos vulnerables que delatan el grito
de este casi medio siglo.

Déjame anochecer sobre tu río
loca la lluvia
de silencio
de espasmos norte-sur
hasta que mi vientre desande tus cenizas
y por tu espejo se filtren mis pecados
ociosos
peregrinos
nudos de pudor y celo
donde cobro a mil y una lunas nuestros cuerpos

Sacude por mi espalda todo el polen
que esconde tu guarida
persígname con él
inciénsame



Porque poesía... eres tii.

Sin alas para el cuento

Úngeme
piérdeme
glorificame
bendíceme
y ruégame que te excomulgue cuando
toda mi desnudez se vuelva laica.
Por nuestra carne aullarán el miedo y
la poesía
comerán los ángeles y el diablo
juntos
serán hartos en el mismo banquete
los días y las noches
y no habrá eclipses
porque será una misma guerra
una misma apuesta
una locura de Dios que nos persigue.

Será como correr sobre el pasto quebrado
sobre los árboles en sepia
sobre la luna a pleno sol
sobre el humo que persigue golondrinas
para besar el viento
que tú y yo desandamos
a fuerza de estar ciertos
en el magnífico oficio del amor.

Y por si acaso la muerte juega a ser feliz
en nuestro cuerpo
déjala que llegue
que se extravié con nosotros en los bosques del alba
con nosotros.

Anda
desnúdame de pronto
antes de que la memoria pierda el hilo
y me haga recordar que soy aquella niña
sin alas para el cuento.



Olimpia Badillo